

***“Ni que nos vayamos nos podemos ir”* pieza teatral de Lupe Gehrenbeck, Abril 27-28, 2017, en Santiago Rubio Hall, 229 West 14th St., New York, N.Y. 10011**

**Nora Glickman**

Es noticia casi cotidiana, lamentablemente, leer en los periódicos y ver en la televisión reportajes sobre disturbios que afectan a la población venezolana. La presente dictadura de Maduro ha producido corrupción, falta de recursos básicos, inseguridad personal, incremento en el crimen y abuso de libertades cívicas, todo lo cual ha derivado en la diáspora más numerosa en la historia de Venezuela. El exilio creciente conlleva por un lado la esperanza de encontrar raíces en lugares donde sea posible mejorar el estilo de vida (asunto retratado con gran ingenio por Isaac Chocrón en *Pronombres personales*, donde “Westonzuela” es la réplica de Venezuela en La Florida de los Estados Unidos). Por otro lado, al peligro de inmigrar a tierras extrañas sin idioma, sin trabajo o sin documentos se suman serios conflictos emocionales: el dolor de dejar el país natal y desprenderse de familiares y amigos, costumbres, idioma, afectos, comidas. El dilema consiste en no tener la posibilidad de determinar qué es transportable y qué no lo es.

La obra de Gehrenbeck es ligera, pero solo en apariencia. Elvira, con sus 65 años a cuestas, conflictuada entre irse o quedarse, se prepara para el viaje más importante de su vida a instancia de su hija Carolina y de sus nietos, que viven en Nueva York. Su otra hija, Candelaria (Candela), soltera, feminista y comprometida con el destino de Venezuela, la retiene en Caracas. Por un lado, llevará consigo objetos sentimentales que los recuerdos la obligan a conservar; por otro, esta será su oportunidad de aliviar su equipaje y desligarse de cosas innecesarias, como sus miniaturas de porcelana Lladró: “Después de cierta edad, el pasado y el futuro van juntos, si no, uno se pierde. Uno carga con su equipaje donde vaya, mientras más vieja, más pasado, más pesado”.



Antes de partir, Elvira (Sonia Berah) le muestra a su hija Candelaria (Mónica Quintero) unas fotos viejas que guarda en una caja de zapatos. Fotógrafo: Javier Figueras.

El conflicto reside en la indecisión, que no es solo de la protagonista, sino de todo aquel que dejó atrás algo de importancia que le inste a volver, aun cuando el proyecto no sea realista. Carolina, la hija de Elvira que ya no vive en Caracas sino en los Estados Unidos, se resiste a que su madre desmantele el cuarto en el que ella creció: “Creo que ya no sería capaz de volver. Prefiero recordar la casa como era. Lo único que te pido es que no me vayas a vender mis libros de cuentos, mamá”. Para que su nieto, que no habla inglés, no olvide su español, Elvira selecciona libros de la infancia de su hija. Lo hace además “para que sepa regresar”. La situación se centra en los preparativos previos al viaje de Elvira, que consiste en una venta de objetos personales. De hecho, Elvira siente que su propia vida es la que se está poniendo en venta.

Los temas secundarios incluyen: la rivalidad entre las dos hermanas por el afecto materno (Carolina acusa a Candela de egoísmo por no ocuparse de su madre y dedicarse solo a causas sociales, contrastando aquí el idealismo de una hermana frente al pragmatismo de la otra); el miedo que produce la delincuencia callejera sobre la población, perpetrado en este caso por el hijo de la empleada doméstica de Elvira; la confusión resultante de la edad avanzada de la protagonista, que se manifiesta en su intimidad con la empleada, derivada



Elvira (Sonia Berah) atiende una llamada telefónica mientras Alberta (Antia Arruez), su mano derecha, comenta al margen. Fotógrafo: Javier Figueras.

de muchos años de convivencia, y en la fantasía desbocada de Elvira, que revive la presencia “real” de Alberta pese a que esté muerta. Incidentalmente, la obra también alude a las desigualdades sociales de los inmigrantes en los Estados Unidos, indicio de que no será fácil el trasplante de un país a otro.

La comedia es hablada en español, con subtítulos en inglés. Abundan los diálogos breves y entretenidos a la manera del “sit-com” televisivo. Algunos regionalismos coloridos (“peroles” y “corotos”) caracterizan a la obra como venezolana, aunque la situación bien podría aplicarse a cualquier otro país latinoamericano. La audiencia comparte con los personajes la noción de que todo inmigrante sufre dificultades en conseguir visa y está consciente que será expuesto a las desigualdades raciales que existen en los Estados Unidos, que son diferentes de las que vivió en Latinoamérica. Aun así, pese a las dificultades sociales, psicológicas y económicas que afectan a la protagonista antes de su partida, ella declara con optimismo y buen humor, “Me voy para volver”, ya que el centro de su mundo seguirá siendo Caracas: “Eso no lo puedo cambiar. Yo me voy porque regreso. Porque el país soy yo”.

Lupe Gehrenbeck, que dirige la obra, es fecunda y aclamada autora de cuarenta piezas teatrales, varias de ellas premiadas y con más de la mitad pro-

ducidas en Latinoamérica, Europa, Canadá y Estados Unidos. Una selección de sus obras será publicada este año en Caracas. Del elenco armónicamente conformado por María F. Rodríguez, Mónica Quintero, Samuel Garnica, con la asistencia de Luissana Carreño e Iris Vargas, sobresalen la protagonización de Sonia Berah en el papel de Elvira y de Antia Arruez, como Alberta.

*Queens College & The Graduate Center, CUNY*